

Jurand, que estaba sentado en un banco, inclinó la cabeza como saludando.

—Ha llegado Glava y dice que Matzko ha marchado á combatir junto á Vitoldo.

Después relató cuanto le dijera Glava, sin ocultar que Matzko esperaba encontrar á Danusia para conducirla á Spichov y que le encargaba que ella permaneciera en el castillo.

Su voz era triste y de cuando en cuando la cortaba un golpe de tos.

—Oís? dijo Kaleb.

Jurand indicó que sí. Era que el ruiseñor cantaba.

Un rayo de luna, penetrando por la ventana, parecía un espíritu divino que tomara forma para consolar á los mortales de su desgracia.

Jaghenka, conmovida por su dolor y por el desdichado Jurand, le estrechó cariñosamente la mano, anegada en lágrimas y dijo:

—Soy una pobre huérfana, Jaghenka de Zgogelitz que no se apartará de vos hasta que parezca Danusia.

Jurand la estrechó contra su pecho y ella añadió:

—Los alemanes han matado á mi padre y vos tal vez hayáis perdido por ellos á vuestra hija. Sin embargo espero que la hallaréis porque Dios es bueno y misericordioso.

—Bendito sea Jesús!

Kaleb que estaba conmovido es quien profirió esa exclamación.

La loba, que estaba acurrucada bajo el banco de Jurand, lanzó un aullido lastimero, como comprendiendo la solemnidad del momento.

SEPTIMA PARTE

I

Glava sentía por Jaghenka un amoroso respeto, y por Anulia gran simpatía, pero en el fondo de su alma dominaba el ardor guerrero.

Cuando volvió á Spichov por orden de Matzko, se congratulaba de ser el protector de las dos muchachas, mas, cuando le dijo Jaghenka que su presencia en Spichov no era necesaria y que debía reunirse á Zbishko, el tcheque no ocultó su alegría.

Pensaba que Matzko no era su verdadero amo, y que la voluntad de su señora debía anteponerse á la de aquél.

Además, Jaghenka, que conocía el valor de Glava, decidióle á partir.

En menos de una hora se preparó para el viaje, y arrodillándose ante su ama, dijo:

—Permitid que me despida.

—¿Marchas hoy?

—Mañana al amanecer, porque Shmut está muy lejos.

—¿Podrás reunirse á Matzko?

—Será difícil, porque han marchado hace ya días. Deben estar ya en Germania y yo tendré que ir por la selva, pues no tengo salvoconducto como ellos. Yo no llevo más que ésto,—añadió poniendo la mano sobre la empuñadura de su daga.

—Sé prudente, porque desde que partas te incumbe una obligación sagrada: la de encontrar á Zbishko y salvarle. Guárdate de los espíritus del bosque.

—No les temo; les combatiré lo mismo que á los alemanes.

—¿Qué sabes de la guerra?

Glava dijo:

—La guerra es empeñada; muchos rumores han corrido, y hay que desconfiar de ellos. Bien lo sabe Matzko, que es muy listo. La guerra durará y será muy sangrienta.

—¿Y qué hace el príncipe Vitoldo?

—Durante mucho tiempo no quiso dar crédito á las fechorías de los alemanes, y les defendía; pero después ha visto que, efectivamente, eran crueles y asesinos, y ahora va á luchar contra ellos.

—Mi padre y Matzko le acusaban de inconstante.

—En lo bueno, no; pero cuando advierte el mal, busca al punto el bien.

—Dicen que ayudó á los rebeldes, y que por eso ha estallado la guerra.

—Ya ha estallado; los alemanes defienden la frontera, y esperan el invierno para caer sobre la ciudad, pues que entonces creen más fácil rendirla.

—¿Tomará parte el rey en la guerra?

—Creemos que sí.

Jaghenka murmuró suspirando:

—Un hombre es siempre más afortunado que una mujer. Ahora, por ejemplo, tú partes para la guerra, y yo debo permanecer inactiva en Spichov.

—Es el caso que también aquí puede correrse peligro.

—No lo creas; los alemanes no asaltarán el castillo, porque lo defiende el viejo Tolima.

—Es verdad.

—¿Enviarás noticias?

—Aprovecharé todas las ocasiones que pueda para hacerlo.

—Dios te recompense: yo te estaré reconocida mientras viva.

El teheque, conmovido, murmuró:

—Deseo seros útil, señora; si así no fuera, os hubiera abandonado cuando el caballero Zich me ofreció la libertad.

—Gracias,—dijo Jaghenka tendiéndole la mano.

El teheque le tocó los piececitos y murmuró:

—Soy vuestro fiel siervo; dadme algo como recuerdo.

—¿Qué quieres?—preguntó Jaghenka, asombrándose de la petición.

—Una cinta para llevarla en el brazo; cuando muera fijaré en ella mis ojos y me consolaré.

—Querido, no hables así; una cinta mía para nada te sirviera; es preciso ser feliz para infundir la felicidad en los otros, y yo no lo soy...

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. Pensando que debíavolver á Zgogelitz se desesperaba, y también aborrecía á Spichov, porque tarde ó temprano habían de volver Zbishko y Danusia.

Glava comprendió cuanto agitaba el corazón de la joven y experimentó honda pena.

—Levántate,—le dijo Jaghenka;—la cinta te la dará Anulia.

Diciendo esto, llamó á la joven camarera, que apareció al punto, quizás porque escuchaba detrás de la puerta. Su rostro estaba arrebatado y delataba la interna emoción.

Anulia se detuvo en mitad del cuarto. Glava sintió hervir su sangre. El hermoso rostro de la muchacha parecía el de un ángel coloradote.

El techeque dijo:

—Parto para la guerra; quizás no vuelva nunca; ¿lo sientes?

—Sí,—contestó Anulia rompiendo en llanto.

Glava la besó amorosamente las manos, y si no hubiera sido por la presencia de Jaghenka, la hubiera besado también los ojos y la boca.

—Dale algún recuerdo,—dijo la hija de Zich.

Anulia, que iba vestida de paje, no tenía cintas ni lazos, y sus vestidos de mujer estaban en el equipaje.

Jaghenka la aconsejó que diera á Glava la redecilla de su cabellera.

—¡Sí, la redecilla!—exclamó el techeque alborozado.— ¡Guay del alemán que intente arrancármela!

Anulia soltó sus hermosos cabellos y entregó á Glava la redecilla; él la tomó, la besó y la ocultó en el seno; después, y una vez hubo besado las manos de ambas jóvenes, salió de la estancia exclamando:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Durante la noche no pudo pegar los ojos, y de buena gana hubiera querido acercarse á la ventana del cuarto donde dormía Anulia, pero se lo impidieron Kaleb y Toli-ma, que quisieron darle los postreros consejos para el viaje.

—En la corte de Janush,—dijo Kaleb,—hallarás á Matzko, para unirte á Zbishko no pases por Shmud sino por Lithuania. Sé prudente y que Dios te bendiga; yo rogaré por tí y por Danusia.

—Gracias, padre; pero creo que será difícil arrancar la presa de las garras de sus raptos.

—¡Oh! sí; mi corazón tiene fatales presentimientos. Cuando Jurand habla de su hija señala al cielo, como si ya la viera allí.

—No la puede ver, porque no tiene ojos.

—Sucede á veces que el hombre pierde la vista y ve,

sin embargo, lo que los otros no pueden ver,—dijo gravemente el capellán.

—Dios defiende á los inocentes. ¿Qué daño ha causado Danusia á los templarios?

Diciendo ésto, extendió la mano y marchó á la capilla para celebrar el incruento sacrificio.

El techeque montó á caballo, soltó las riendas y partió al galope.

II

El príncipe Janush, la princesa y una parte de la corte estaban en Cersk dedicadas á la pesca de primavera, diversión que agradaba mucho á todos.

Glava supo por Nicolás de Dlugoliass muchas noticias, así de la guerra como de la corte.

Matzko había marchado directamente hacia Shmud, cuyos habitantes guerreaban contra los alemanes, ayudados por el príncipe Vitoldo.

Este, lo mismo que los templarios, había enviado embajadores al papa, á los príncipes y á los soberanos, quejándose mutuamente de la conducta de sus adversarios, y atribuyéndose toda suerte de infamias.

Celebróse en Vilna una gran asamblea para decidir la

conducta que habían de seguir los polacos, y como triunfara la idea de solidaridad entre todos los pueblos de la gran raza polaca, empezaron á temer los templarios que Janusk y Jaghellon defendieran la causa de Vitoldo, á pesar de los manejos del gran Maestre, que procuraba atraer á su causa, por medio de ricos presentes, á cuantos nobles sabía que tenían influencia cerca del soberano de Cracovia.

Las noticias eran graves, la Orden se preparaba febrilmente para la guerra; por todas partes se construían fortificaciones, se repasaban murallas y se juntaban armas y caballos. Grupos de infantería y de ginetes entraban á sangre y fuego en diversas poblaciones de Lithuania, causando grandes estragos.

Vitoldo había tomado Semud bajo su protección, enviando en su auxilio un destacamento de soldados bajo las órdenes de Skirvoillo, renombrado por su valor. Este destruía cuanto hallaba á su paso, quemando y saqueándolo todo. Semud fué fortificada, y la ciudad de Kovmo destruída para que no sirviera de refugio á los alemanes. Decíase que al empezar el verano Jaghellon tomaría parte en la guerra, y que los alemanes que ahora eran invasores, serían rechazados á su país.

El pueblo de Semud se quejaba, sus cartas y manifiestos se leían en la corte del papa y en las de Cracovia y Praga. Una de estas cartas decía: «¡Oh! pueblos, ¡oh! príncipes; oid nuestras quejas; nacimos libres y fuertes, y la Orden quiere reducirnos á ser débiles y esclavos. Fuimos ricos y somos pobres, porque de todo nos despojó la rapacidad tudésca. Deseamos el triunfo de la ley de Dios, pero no la de sangre y fuego; anhelamos un gobierno parecido al de Jaghellon ó al de Vitoldo.

»Ayudadnos, ¡oh! poderosos de la tierra, y librad nuestros rebaños, nuestras propiedades, nuestras vidas de las garras de nuestros adversarios, que roban y asesinan á nuestros hijos y agravian á nuestras mujeres.

»Hombres somos, é imploramos el bautismo del papa, un bautismo de agua, pero no de sangre.»

Tales eran las quejas de los habitantes de Semud.

En la carta de Masovetz, los caballeros decidieron prestar su ayuda á los oprimidos sin pedir siquiera permiso á Janush, porque la princesa era hermana de Vitoldo.

Bronisk dijo que algunos nobles que habían caído prisioneros de los alemanes, se suicidaron para no soportar las crueldades de los templarios; Glava alegrábase al ver que el ánimo de todos estaba dispuesto para la guerra. Pensaba que cuantos más guerreros fueran á engrosar las huestes de Vitoldo más fácil sería vencer á los alemanes, y creía que muy pronto podría ver á Matzko y á Zbishko. El tcheque anhelaba ver nuevas tierras y ciudades, y sobre todo, deseaba admirar con sus propios ojos al príncipe Vitoldo, cuya fama llenaba el orbe entero. Glava decidió seguir la carretera sin dar rodeos inútiles. Bronisk y los otros lituanos conocedores del terreno le guiaban, alistando por el camino á gran número de hombres que, llenos de entusiasmo, deseaban combatir contra los aborrecidos caballeros de la Orden.

III

En la selva cercana á Kovno estaban acampadas las tropas de Skisvoillo de modo que, si fuese preciso, lo mismo podían invadir el territorio alemán, que defender el propio.

Entre aquellas tropas, halló Glava á Zbishko y Matzko que habían llegado dos días antes.

Después de saludarse recíprocamente, el tcheque se fué á dormir porque se hallaba rendido, y al día siguiente, procuró congraciarse con Matzko, quien le recibió con desagrado, porque contra sus órdenes había salido de Spichov.

Zbishko, defendió al tcheque, pensando que era Jaghenka quien le había obligado á marchar junto á ellos, y Glava añadió que no había ido tanto para guerrear como movido del deseo de enviar noticias á Spichov.

—La señora,—dijo,—no se cuida siquiera de su propia felicidad, y ruega de continuo por la salvación de la hija de Jurand. Si sus oraciones son escuchadas, tengo para mí que sería conveniente advertirla con tiempo, para que abandone Spichov, antes de que llegue allí Danusia.

Matzko á quien no gustaron aquellas frases repuso:

—Eso no es cuenta tuya.

Glava, añadió:

—Mejor fuera que la señora se quedase en Zgogelitz; para nada ha servido su viaje, y nosotros la habíamos ilusionado diciéndole que la hija de Jurand había muerto.

—Tú fuiste quien lo dijo; yo la llevé conmigo, porque temí que Chtan y Vilko la injuriaran.

—Así fué en apariencia pero en realidad vino con vosotros, porque vos deseabais que si Danusia hubiera muerto, Jaghenka consolara al señor Zbishko.

—¿Quién te mete á tí en camisa de once varas? ¿Crees acaso que eres un caballero? Eres un siervo.

—Sí, de Jaghenka, y solo trato de favorecerla.

En realidad, Matzko no estaba contento de lo que había ocurrido, y pensaba que si Danusia comparecía, la situación de la hija de Zich, sería tremenda, si en Spichov se encontraba con la feliz pareja.

Las palabras del tcheque eran verdaderas; pero Matzko no quiso que un siervo le diera lecciones y replicó:

—Sueñas ó mientes; tu señora fué la que me quiso seguir.

—Insistió porque nosotros le habíamos dicho que sus hermanos estarían más seguros ausentándose ella, y que la hija de Jurand...

—Tú fuiste el inventor de todo,—interrumpió Matzko encolerizado.

—Sí, culpa mía fué, pero hemos de procurar remediarla.

—¿De qué modo? La guerra no estallará verdaderamente hasta Julio, porque los alemanes, luchan únicamente en verano ó en invierno. El príncipe Vitoldo, ha dispuesto ahora ir á Cracovia para presentarse al rey y pedirle ayuda.

—Cerca están algunos castillos de la Orden, si asaltáramos alguno, podríamos hallar á Danusia ó tener noticias suyas.

—Imposible.

—Sigfrido la trajo aquí; lo dijeron en Tscitna y en otros puntos.

—He visto por aquí cerca algunos castillos pero para tomarlos no tenemos mas que hombres armados de palos y de espadas mohosas.

—¡Pero dicen que son valerosos!

—El valor y las manos no bastan para tomar una fortaleza.

Interrumpió el coloquio la llegada de Zbishko y de Skirvoillo; era este de mediana estatura, anchos hombros, pecho fuerte y brazos musculosos. Sin desmerecer un ápice se le podía comparar á Cindarm de Mashkovitz, el gran caballero que Matzko y Zbishko conocieran en Cracovia.

Skirvpillo, era gran militar, pues pasó su vida entera combatiendo á los tártaros en Rusia y á los alemanes á quienes odiaba.

Durante aquellas guerras aprendió el ruso, y en la corte de Vitoldo, el polaco.

De alemán sólo sabía tres palabras: «fuego, sangre, muerte».

—Discutimos de la guerra,—dijo Zbishko—y deseáramos conocer vuestra opinión.

Matzko ordenó á los siervos que trajeran miel y preguntó:

—¿Queréis dar un asalto?

—Sí;

—¿Dónde?

—A los castillos alemanes.

—¿A cuáles?

—Al de Raghnetá y al de Kovno.

—No conozco este país; ¿están muy lejos esos castillos?

—No, relativamente cerca.

—¿Y Raghnetá dónde está?

Skirvoillo indicó con la mano unas montañas que se veían á lo lejos y dijo:

—¡Lejos, muy lejos!

—Mejor,—dijo Zbishko,—porque así, los enemigos no podrán socorrerse fácilmente.

—Es verdad,—observó Skirvoillo.

Matzko, preguntó:

—¿Creéis fácil, tomar el castillo?

El gran capitán hizo un gesto negativo y Zbishko, dijo:

—Solo en caso muy afortunado podremos tomarlo, pero, de todos modos, destruiremos y quemaremos la ciudad y haremos muchos prisioneros. Creo que debemos partir en seguida.

Matzko se adhirió á la proposición de Zbishko; la esperanza de coger muchos prisioneros le entusiasmaba.

Skirvoillo se apretó la cabeza entre las manos y después de un corto silencio dijo:

—¡A Kovno!—y salió de la tienda.

Matzko y Glava, miraron á Zbishko quien á su vez sostuvo sus miradas.

El anciano dijo:

—Es muy original el capitán.

—Ya lo creo. Pero todos son iguales en este país; preguntan la opinión ajena, y luego no la siguen.

—Entonces ¿por qué nos ha interrogado?

—Porque somos caballeros y usamos espuelas de oro.

—Me ha parecido hombre de disposición,—dijo Glava.

—Vamos,—murmuró Zbishko.

—Preparémonos para la marcha.

Los guerreros salieron de la tienda.

La noche era oscura y silenciosa, solo se oía el chisporroteo de las hogueras, á cuyo alrededor se apiñaba el pueblo de Semud.

IV

Para Zbishko y Matzko, que habían combatido ya á las órdenes de Vitoldo, el país lithuano no tenía nada de particular, pero para Glava, ofrecía un aspecto estrañísimo, pues comparaba á los habitantes de aquellas tierras con alemanes y polacos.

El campamento, veíase rodeado de bosques y pantanos, y por lo tanto estaba al abrigo de sorpresas.

Para Skirvoillo y sus ayudantes se construyeron cabañas, pero los soldados, dormían al aire libre, junto al fuego, cubiertos con gruesas pellizas.

Aun cuando era ya de noche, pocos dormían, porque habían dormido mucho durante el día.

Algunos estaban tendidos, y otros, acurrucados junto al fuego, contemplaban como se asaban las carnes y frutas que eran la comida habitual de los lithuanos.

Los caballos, pacían libremente, y sólo los de los capitanes, estaban vigilados por algunos siervos, que les impedían alejarse de las tiendas de sus respectivos dueños.

El tcheque los contemplaba absorto, al ver su pequeña talla y su pelo áspero y erizado.

—En este país, no hay grandes caballos,—decía Matz-

ko,—porque se hundirían, siendo el terreno tan pantanoso.

—En el momento de la lucha, deben sucumbir al impetu de los caballos alemanes,—observó el tcheque.

—Es verdad, pero en cambio, no hay caballo alemán que pueda alcanzar á uno de estos, que son más veloces que los de los mismos tártaros.

—También los tártaros son enjutos de carnes y de baja estatura,—replicó Glava.—En cambio aquí los soldados son robustos y pesados.

Efectivamente, á la luz rojiza de las hogueras, se veía perfectamente la alta estatura de los soldados que eran muy robustos á causa sin duda de la mayor fertilidad del suelo.

Skirvoillo, y los otros señores, siguiendo el ejemplo de Jaghellon y de Vitoldo, habían recibido el bautismo, eran cristianos, deseaban serlo muchos otros pero no por mano alemana, porque hasta la cruz les era odiosa, presentada por los feroces opresores de su raza.

Glava, que estaba acostumbrado á oír las canciones y á escuchar los chascarrillos de los soldados en los campamentos se estrañaba al observar la quietud que reinaba en el suyo.

Los guerreros, envueltos en pieles de animales, parecían fieras peludas meditando una atrocidad; pero sus rostros no demostraban avidez de sangre.

Zbishko dió órdenes á algunos soldados, y luego volviéndose á su escudero, dijo:

—Ahora que ya has visto el aspecto que presenta esto, volvamos á nuestra tienda.

—No me ha placido mucho la visita, porque me ha parecido observar un abatimiento general.

—Esto, se debe á la mala dirección de Skirvoillo; ha sufrido ya una derrota y ahora, parece ir en busca de otra.

—No sé como no comprende que con estos soldados es

imposible vencer á los alemanes; es un pueblo poco apto para la guerra.

—Te engañas; es muy valeroso, pero lo que le falta es disciplina y buena dirección. Por eso, es difícil que puedan luchar con ventaja contra los alemanes que están mejor organizados.

—Asaltar castillos con esa gente, es imposible.

—De momento sí, porque carecen de armas, pero cuando llegue el príncipe Vitoldo cambiarán las condiciones.

Mientras hablaban así, iban andando los dos hombres, y llegaron junto á su tienda, ante la cual, ardía un buen fuego en el que se asaban grandes trozos de carne.

Zbishko y Matzko, comieron, y también lo hizo Glava.

Después se acostaron todos, con intención de dormir. Matzko, que no conseguía conciliar el sueño, preguntó:

—Dime, Zbishko, ¿por qué has propuesto ir á Raghnetta que está tan lejos?

—Tengo la convicción de que allí está Danusia.

—Tiempre te acuerdas de esa muchacha.

—Es mi esposa.

Matzko no replicó; pensaba que, si Danusia, no hubiera sido mujer de su sobrino, hubiera podido disuadir á éste de buscarla, pero ahora era deber suyo entregarse á tales pesquisas aun cuando debieran resultar estériles.

El viejo propietario de Bogdanetz, siguiendo el curso de su pensamiento, murmuró sin advertirlo:

—¡Su mujer!—y luego preguntó:

—¿Sabes algo de ella?

—No, lo cual me irrita mucho.

Glava escuchaba atentamente. Matzko le dijo:

—Ya que no tienes sueño; podrías contarnos lo que te ha ocurrido desde que saliste de Malborg.

Zbishko, reflexionó unos momentos y luego dijo:

—He visto en Malborg la potencia infinita de la Orden sostenida por el rey y por el pueblo y casi invencible. He visto un castillo digno del César romano, armas espléndi-

das, guerreros afamados y me he preguntado... «¿Quién podrá vencer á esos; quién podrá rebelarse contra su yugo?»

—Nosotros, — dijo Glava.

Matzko, que se había impresionado algo por las palabras de su sobrino, exclamó:

—Muchacho, ¿no te acuerdas de Vilna? ¿No nos batimos entonces con ellos? Quedaron dispersos, vencidos, aniquilados; ¿por qué temes tanto?

—Son muy fuertes, y...

—¿Quizá los polacos no lo son?—interrumpió Matzko.

—La supremacía de los templarios está basada únicamente en la perfidia. Nuestros príncipes cuando necesitaban auxilio les socorrieron, y los templarios, á semejanza de las avispas, que toman fuerza con el calor, muerden ahora la mano que les ha socorrido. Pero aun cuando todos los poderosos del mundo les ayudaran, el día de la justicia llegará.

Zbishko, enfadado repuso:

—Me habéis pedido que contara lo que he visto, y ahora os incomodáis, más vale callar.

—No has visto á veces en la selva que un pino alto y recio, fuerte en la apariencia, cae al suelo herido por el hacha y muestra su interior vacío y carcomido, así la Orden... Continúa la relación. ¿Es verdad que te has batido en el torneo?

—Sí, los templarios me recibieron con altivez porque sabían que maté á Rotgher, y si no les hubiese enseñado la carta de De-Lorsh, de fijo que lo paso mal. Cuando llegué, se celebraban fiestas y torneos. El hermano del Maestre, quiso luchar conmigo, y yo, más que por la fuerza de mi brazo, con la ayuda de Dios, le vencí cortesmente, y él, agradecido, me ha otorgado su protección y me ha dado orden para libertar á Danusia.

—Me han dicho que Ulrico, estaba á tu merced y no quisiste herirle.

—Así fué en efecto; tenía la lanza enristrada, pero, la levanté y no le herí. Como Ulrico es un noble caballero, y como habían presenciado el acto, muchas damas y caballeros, se mostró luego agradecido.

Callo Zbishko, y luego cogiendo con la mano un gran trozo de leña, la echó al fuego, después añadió:

—Si esa gente cree, que soy capaz de olvidar á mi esposa, se equivoca; por libertarla seré capaz de ir al fin del mundo.

Glava y Matzko miráronle, comprendiendo la amargura que el joven sentía en su alma.

—Cálmate,—dijo el anciano á su sobrino, al ver que éste no cesaba de echar leña al fuego;—dinos si te ha servido de algo la carta de Ulrico.

Zbishko, con lágrimas en los ojos, contestó:

—Delante de mí, se abrieron las puertas de castillos y prisiones, dudé quiera que he buscado y he indagado, pero al estallar la guerra, el gobernador de Gherdav, se negó á dejarme visitar ciudad y castillo, alegando que la carta había sido escrita en tiempo de paz é hizo que me arrojasen de la fortaleza.

—¿Y luego?

—En todas partes me ha ocurrido lo mismo. En Crolev, el Komptur, no quiso siquiera leer la carta del Maestre, y me aconsejó que me fuera antes que mi cabeza quedara separada del tronco.

—Comprendo porque viniste aquí, así por lo menos podrás vengarte.

—Sería preciso hacer muchos prisioneros; pero los soldados que tenemos, no me parecen muy aptos para ello.

—Ya vendrá Vitoldo, y entonces...

—Siquiera llegase pronto...

—No tardará mucho; y hasta el rey quizá con sus ejércitos, tomará parte en la lucha.

Skirvoillo apareció entonces, y con voz firme y resuelta, dijo:

—Marchamos.

Los caballeros se pusieron en pie. Skirvoillo, murmuró:

—Algunos soldados, marchan en socorro de Kovno, debemos apoderarnos de ellos.

—¿Atravesaremos el Neman?

—Sí, y yo sé por donde puede vadearse.

—¿Saben los del castillo que vaya ese socorro?

—Sí, y vos deberéis hacerles frente.

El comandante supremo dió instrucciones á Matzko, á fin de que tomara sus medidas para vencer á la guarnición del castillo.

Se resolvió el sitio en que debía empezar la lucha, y después, Zbishko y Matzko, fueron á la cabaña de Skirvoillo, el cual, dió las órdenes precisas para levantar el campamento.

Los guerreros tomaron sus armas, y los caballos esparcidos por la llanura, galoparon al encuentro de sus dueños.

V

Al apuntar el alba, los soldados vadearon cerca de Neviadg; Matzko, Zbishko, Glava y otros polacos maravillábanse de la gallardía de las tropas; ninguno de ellos se quitó el uniforme, y una vez fuera del agua, se secaron todos al calor de los primeros rayos solares.

Después de un breve descanso, el ejército emprendió de nuevo la marcha, y por la noche, llegaron á las orillas del Neman que ofrecía grandes dificultades para su paso. Venía crecida la corriente y los caballos á duras penas podían vencerla.

Dos guerreros se ahogaron ante los ojos de Zbishko y Glava que no pudieron salvarlos; un silencio de muerte reinaba entre los soldados, á los cuales, Skirvoillo, había mandado callar.

Poco á poco verificóse el paso, una parte de el ejército fué con Skirvoillo al encuentro de los soldados que iban á socorrer á la ciudad, y otra mandada por Zbishko y Matzko, se colocó en situación conveniente para evitar la salida de las tropas de la guarnición.

El día era espléndido y sereno; aún cuando una ligera neblina se levantaba de los charcos y pantanos; esa niebla

cubría la marcha del destacamento mandado por Zbishko que así podía adelantar, sin que el enemigo lo advirtiera.

—Si durara la niebla hasta mediodía,—dijo Matzko.

—Ahora vamos á torcer á la derecha, y daré orden á los soldados para que se oculten entre las yerbas.

—¿Como conoces el camino?

—Me lo han indicado algunos aldeanos.

—¿En que sitio nos esconderemos?

—Cerca de aquí.

—Muy bien, si nos acercamos demasiado, los soldados de la guarnición podrían advertir nuestra presencia.

—¡Ya lo creo!

—¿Hay algún aldeano que sea de fiar? Es preciso poner avanzadas.

—Ya lo he hecho.

—Dá orden á un grupo de soldados, para que custodien los senderos que conducen á los pantanos.

—Eso es muy importante, y he destinado á tal servicio los mejores guerreros.

Matzko miró á su sobrino con admiración, admirando el arte guerrero del joven y dijo:

—Eso se lo trae la sangre.

Glava que se alegraba, pensando en la próxima lucha, dijo:

—No sé como lucharán nuestros soldados, pero veo que marchan con gran orden; si Skirvoillo ha dispuesto bien el avance y situación de sus tropas, es seguro que haremos gran destrozo de alemanes.

—He dado orden de coger el mayor número posible de prisioneros, y que no se maten ni caballeros templarios ni escuderos ni frailes de la Orden.

—¿Por qué la tienes tanto odio? ¿para que quieres guardar muchos prisioneros?

—Para hacer canges.

Diciendo esto, espoleó el caballo y se alejó.

—El señor,—dijo Glava.—espera que su esposa esté viva y que pueda rescatarla.

—Quizá, sí, está viva, porque hasta los más feroces asesinos temen levantar su mano contra una mujer guapa y joven.

—Sí, pero á un templario...

—Es verdad que tienen corazón de lobo: pero, si Sigfrido no ha matado á Danusia en Tscitna, seguro estoy que la tiene encerrada en alguno de esos castillos.

—¡Si por lo menos pudiéramos tomarlo! Tengo un plan que consultaré al caballero Zbishko.

—Aunque tuvieses dos planes, maldito lo que podrías hacer con gente parecida.

Y al decir esto, señalaba á los soldados que avanzaban en desorden, unos a pie y otros á caballo, cubiertos con pieles de animales. Los que llevaban pieles de búfalo y de ciervo no se entretuvieron en quitar las astas y antes que hombres, parecían una manada de animales.

Glava quedó pasmado contemplándoles. Zbishko apresuraba la marcha cuanto podía, y en su rostro se leía el contento suyo al preveer la próxima lucha.

—Quizá podamos atacar á los alemanes por sorpresa, pero de todos modos, debé partir siempre de nosotros.

—Eso es,—murmuró Matzko.

Zbishko, mandó hacer alto; la niebla se disipaba lentamente, y el sol aparecía brillante y espléndido, anunciando un magnífico día de Mayo.

Glava, que se había tendido cerca de Zbishko, dijo:

—Si conseguimos desordenar á los alemanes, no podremos asaltar después el castillo?

—Sí, pero te imaginas que dentro de él, no habrá caballeros para defenderlo y que en derredor de él no circularan barcas con centinelas?

—Sí, pero los prisioneros que hagamos pueden servirnos de mucho para penetrar en la plaza. Yo conozco el alemán.

Zbishko, le hizo señal de que callase, porque se oyó el graznido de un cuervo.

Momentos después, apareció un hombre sobre un caballo, que llevaba los cascos envueltos en piel de carnero, para que no hiciera ruido, ni dejara huellas en el suelo.

Miraba alrededor con atención; desde el bosque pareció que un cuervo le saludara y entonces se lanzó resueltamente á los matorrales.

—Ya vienen,—dijo á Zbishko.